

El conflictivo y polémico País Vasco

EL País Vasco está resultando desde años tremendamente conflictivo y polémico. Es posible que el reconocimiento del vascuense —monumento lingüístico de primer orden que todos tenemos la obligación de conservar— y la tolerancia de la "ikurriña" puedan traer algo de sosiego a estas turbadas y atormentadas tierras. Es demasiado pronto para asegurar nada en este aspecto. Lo que sí se puede decir es que ninguna de las dos medidas han tenido el don de la oportunidad. Han llegado excesivamente tarde. Y cualquiera sabe que en política la elección del momento preciso, para determinadas acciones, es la condición indispensable para el éxito y el acierto.

LA COMPLEJA REALIDAD DEL PAÍS VASCO

A mí no me extraña la ignorancia de los demás sobre lo "nuestro". Por la sencilla razón de que el País Vasco es un entramado muy complejo, con una enorme carga de historia, de vitalidad y de sentimientos, que, en la mayor parte de los casos, se traduce en sentimentalismo profundamente enraizado en las personas y en la colectividad, como tal, en el pueblo, como es moda decir ahora. Aquí todo se hace entrañable: El paisaje verde y abrupto de nuestras montañas, la música, el baile, los juegos, hasta las nieblas y los cielos bajos que casi nos oprimen todo el año. Yo creo que el cielo azul, que se deja ver pocas veces, alto y profundo, contribuye también al embrujo misterioso de nuestro País Vasco. Lo que debiera ser claridad y espejo de alegría se convierte en más de una ocasión en oscuridad íntima y atormentada del alma vasca. Por la sencilla razón de que en esos escasos momentos de luz y de color el hombre vasco siente en sí mismo muy desgarradoramente que, más allá de los montes que tiene al alcance de la mano, se extiende un mundo de belleza y de horizontes interminables que tiran de él con llamada irresistible. Quizá por eso el vasco es un hombre universal. Ha corrido todos los caminos del mundo, haciendo muchas veces camino al andar y dejando en todos los sitios una estela de trabajo creador y de honradez.

Los que hemos nacido en estas tierras vascongadas las amamos con ternura apasionada. Venimos al mundo marcados por el regionalismo, lo mismo que surgimos a la vida rubios o morenos, chatos o narigudos. Es una condición natural y normalísima. Y, sin embargo, y a pesar de esta naturalidad de nuestros sentimientos regionalistas no dejamos de comprender que nuestra tierra es compleja y de entramado recio y complicado. Porque para nosotros está muy claro que Alava no es Vizcaya, ni Guipúzcoa, ni Navarra. Ni se nos escapa que Vizcaya no es Alava, ni Navarra, ni Guipúzcoa. Y que Navarra y



La "ikurriña" en la Biblioteca Municipal de San Sebastián.

Guipúzcoa son distintas entre sí y diferentes también de Alava y de Vizcaya. Cualquiera pudiera pensar que esto es un rompecabezas imposible de poner en orden. Nada más lejos de la realidad.

Desde tiempo inmemorial se afirmaba ya en puro vascuense que nuestras tierras —las provincias que decían en el resto de España cuando los pocos que veraneaban prolongaban el veraneo tres meses— eran "Iurak-bat", tres en uno. Se referían a Alava, Guipúzcoa y Vizcaya. Pero, simultáneamente a esta denominación, se usaba con igual verdad la de: "Laurak-bat", cuatro en uno, metiendo también en el contorno vasco a Navarra. Y aún se llegaba a incorporar al resto del pueblo vasco que vive en Francia que constituía el dicho de: "Saspiak-bat", siete en uno, el Euzkadi Sur y Norte que se dice ahora. Cruza, pues, por nuestro suelo de Euskalerra una corriente profunda y suficiente de unidad íntima. Esta unidad se siente por el pueblo. Pero el alma popular percibe también con una claridad absoluta y certera que Alava es Alava, que Guipúzcoa es Guipúzcoa, que Navarra es Navarra y que Vizcaya es Vizcaya. A nadie, en su sano juicio, se le podrá ocurrir la creación del conjunto de todas ellas en un Estado-nación, en este preciso momento en que los Estados-nación creados a la luz del Renacimiento están en crisis total o parcial.

LA UNIDAD DEL PAÍS VASCO

No obstante, la unidad del País Vasco, como decimos antes, existe y es una idea-fuerza que la política

centralista del Estado español ha ignorado siempre, sobre todo en estos ciento cincuenta últimos años, más aún, en los cuarenta postreros que hemos vivido todos. Esta unidad está ahí, en la vida diaria del País Vasco, imponiéndose ya en el propio Gobierno de la nación. En Madrid no se perciben, sin embargo, los matices personales que cada provincia, como pueblo, tiene. Los alaveses no concebiremos nunca que se nos gobiernan desde Bilbao, exactamente igual que hemos comprendido que no se nos podía gobernar desde Madrid. Nosotros, los alaveses, queremos que no nos administren ni desde Bilbao ni desde Madrid, aunque sea bien. Preferimos administrarnos nosotros.

Alava es, pues, repetimos con reiteración, una provincia diferenciada de las demás. Navarra lo es de las otras. Vizcaya y Guipúzcoa son distintas entre sí y del resto. Esto no quiere decir que no seamos un pueblo, una unidad, si se prefiere, para el desarrollo de los intereses comunes.

Estos intereses están cada vez más acentuados como comunes. Los problemas se han regionalizado hoy de tal manera que es difícil —para una solución completa— si no imposible, circunscribirse al ámbito provincial. El problema de las comunicaciones es total y absolutamente del País Vasco en su conjunto. Incluso las entradas y salidas a Bilbao, puerto natural de la Región que, en una administración de vuelo corto, pudiera estimarse como caso estrictamente municipal, es, en realidad, de verdad, un problema regional. A todos nos interesa que los ingresos y las salidas de Bilbao se puedan realizar sin peli-

gros ni conflictos, que la circulación de gentes y de mercancías se realice sin agobios.

A este tenor están regionalizados los problemas de abastecimiento de aguas a las distintas aglomeraciones urbanas —véase los conflictos graves existentes hoy entre Vitoria y Bilbao; los que pueden plantearse entre Alava y Navarra en este mismo asunto; los problemas de industrialización del país; los de comercialización; los de abastecimiento de energía eléctrica y de alimentos y hasta los de la enseñanza, en todos sus grados y características: de disciplinas humanas y de formación profesional y técnica. En este punto puede ser muy útil el ir pensando, por ejemplo, en una Federación de "ikastolas" del País Vasco-navarro, cuyo mantenimiento supone hoy una sangría para la economía de nuestra tierra de más de 1.000.000.000 de pesetas al año (mil millones de pesetas). Esta importante cantidad es casi exclusivamente aportación de los padres que gobiernan los centros respectivos en régimen de Cooperativa. A ellos no contribuyen nada o lo hacen con cicatería tanto las Corporaciones locales, Ayuntamientos y Diputaciones, como el Estado español. El País Vasco mantiene con su propio y casi exclusivo esfuerzo este conjunto de centros que, en su inmensa mayoría, son un ejemplo de lo que debe hacerse en la materia.

Pues bien; la Federación vasco-navarra de "ikastolas" podía ser la primera empresa de régimen conjunto de la Región —o de Euzkadi, si ustedes prefieren— con la fuerza y el ímpetu que la unidad regional supondría en el caso, sin la menor merma de la personalidad de cada provincia integrante de la Federación.

Inmediatamente podía pensarse —debiera estar pensándose ya— en la creación de la Universidad del País Vasco, aspiración nunca abandonada por los hombres de nuestra tierra vasca. Es verdad que la hemos tenido. Hubo Universidad en Oñate y en Vitoria. También existió durante unos meses —en el Bilbao de la guerra—. Pero no podemos vanagloriarnos de haber tenido una enseñanza universitaria nuestra, creada por la Región y mantenida y administrada y dirigida por la Región.

Pero de esto —que creemos importante para el porvenir inmediato de nuestro País Vasco— ya hablaremos en otro artículo. Ello nos dará ocasión además para recalcar concienzudamente en la unidad del País Vasco-navarro. Porque sin esa unidad será imposible iniciar la empresa más decisiva para la vida de nuestro país en el futuro que ya está siendo presente. Unidad sin merma de la personalidad de cada cual. Que cada una, cada provincia, tiene sus órganos de Gobierno que se unirán en las cosas necesarias, pero que serán libres en muchas otras. ■ FELIPE G. DE ALBENIZ.